

## Cuestionamiento de la ciencia y de la tecnología en el microrrelato español actual

Irene Andres-Suárez  
*Université de Neuchâtel*

*El mundo cambia por las tecnologías, no por las ideologías*  
(Aldous Huxley)

Según señalé en trabajos anteriores (2012a y 2012b), el reconocimiento de Borges en España fue relativamente tardío (Gracia Armendáriz/Marco 2004) si se compara con la acogida que le dispensaron en Francia, y en ello intervinieron razones literarias y extraliterarias; por una parte, fue tildado de escritor excesivamente artificioso y hermético y, por otra, se le recriminó su presunta falta de compromiso con la situación en América Latina y con la realidad de su tiempo: “su obra de ficción –dice Ernesto Sábato–, parece colocada fuera del espacio y del tiempo en una suerte de “topos uranos” en que los seres de carne y hueso están reemplazados por símbolos, para desenvolver ingeniosas tramas geométricas” (Sábato 1961: 6-7). Por ello, y, aunque su magisterio es ya claramente perceptible en la obra de los clásicos de nuestra literatura fantástica (José M<sup>a</sup> Merino, Cristina Fernández Cubas o Juan José Millás), habrá que esperar al siglo XXI para que el autor de *Ficciones* se convierta en un escritor de culto en España y una buena muestra de esta veneración son las propias declaraciones de los jóvenes o los relatos en los que convierten al maestro en personaje de ficción –“El otro Borges”, de Ángel Olgoso, en *La máquina de languidecer* (2009) o “Un borrador de Borges encontrado en los papeles neoyorquinos de Abelardo Linares”, de Felipe Benítez Reyes, en *Nosotros los solitarios* (2001), y su huella es igualmente visible en los títulos de sus textos (entre otros muchos, “El inmortal” o “Eterno retorno”, de Carlos Almira (2010); “Héroes”, “Ficciones” o “Bifurcaciones”, de Rubén Abella (2010) o en el constante juego intertextual que establecen con las ficciones del argentino. No obstante, para aquilatar en su justa medida el peso de su obra en nuestro país, conviene remontarse a los años 80 del siglo XX que es cuando arraiga realmente su pensamiento, una época marcada por la renovación de la literatura fantástica y por una apuesta rotunda por la hiperbrevedad.

Durante el último tercio del siglo xx, según ha señalado Juan Jacinto Muñoz Rengel (2010), cambió nuestro concepto del mundo, nuestro paradigma de la realidad, a causa de diversos factores, entre los que hay que destacar: 1) el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, que han acabado definitivamente con la idea de una realidad supuestamente objetiva, así como 2) ciertos avances de la física, principalmente la teoría de la relatividad de Einstein, y la mecánica cuántica. Gracias a la primera, sabemos que no existen un espacio y un tiempo absolutos en el universo y que ambos dependen de la velocidad a la que nos movemos (Kaku 2008: 16), lo que equivale a decir que el tiempo y el espacio no son conceptos universales ni todos los humanos los perciben del mismo modo. Y la segunda demostró que no hay una realidad objetiva, sino diversas realidades que coexisten simultáneamente.

Como no podía ser de otro modo, todo esto ha tenido una notable incidencia en el campo de la literatura, especialmente en la fantástica, cuyas obras más recientes ya no se limitan a vulnerar las leyes de la física, como lo hacían los textos fantásticos clásicos, sino que cuestionan el concepto mismo del mundo, así como el conjunto de nuestro sistema de representación de la realidad, una realidad que, en opinión de Muñoz Rengel (2010), es cada vez más porosa, fluctuante y movediza.

Con el fin de representar literariamente estos fenómenos, los escritores actuales recurren a diversas estrategias. Así, para evocar la presencia de realidades diferentes que coexisten simultáneamente, optan por estructuras especialmente complejas como la *mise en abyme* o estructura de cajas chinas (“Füssli” en Olgoso 2014) o por el recurso de la metaficción o desdoblamiento literario —una de las grandes aportaciones de Borges al género fantástico—, que implica una interferencia entre dos planos de realidad considerados normalmente como irreconciliables: la ficción y la vida. Introducen, además, todo tipo de distorsiones espacio-temporales en sus textos (“Anacronismos”, de Cutillas, 2010) con el propósito de sugerir el carácter subjetivo del concepto tiempo y desintegrar su estructura inamovible. Las predominantes son: 1) el tiempo regresivo, que fluye inversamente (“Marcha atrás”, de Espada, 2011); 2) la presencia de tiempos paralelos antitéticos (“Jardín abandonado”, de Moyano, 2011); 3) el tiempo eterno (“El juego”, de Moyano, 2011) o cíclico, percibido como círculos similares, no idénticos, abiertos como en espiral (“Último retorno”, de Almira, 2010). Y es frecuente también que los protagonistas de sus textos partan de un lugar y un tiempo precisos para llegar a una dimensión espacio-tem-

poral diametralmente distinta o que se pierdan en espacios laberínticos sin lograr encontrar la salida (“Uff”, de Moyano, 2011), lo que genera una interferencia entre distintos órdenes espaciales y temporales. Sea como sea, estos microrrelatos de especial complejidad y densidad semántica funcionan como un instrumento destinado a modificar nuestra percepción de la realidad y a suscitar la reflexión del lector.

Dichas ideas, en perfecta adecuación con el pensamiento borgiano, encuentran acomodo en numerosos microrrelatos de los autores españoles que irrumpen en la escena literaria en el siglo XXI, los cuales conforman un grupo muy numeroso que crece exponencialmente: Ángel Olgoso, Miguel Ángel Zapata, Juan Jacinto Muñoz Rengel, Manuel Moyano, Rubén Abella, Federico Fuertes Guzmán o Carlos Almira, etc. En mayor o menor medida, son todos émulo del argentino, cuyo legado, asimilado en grados diversos, se percibe tanto en su forma de escribir como en la de concebir la existencia y se materializa en: a) las abundantes referencias culturalistas de sus microrrelatos (un buen ejemplo de ello son los textos de Olgoso); b) en la ficcionalización de escritores reales (además de Borges, Poe, Kafka, Cervantes, Shakespeare, etc.); c) la alusión constante a obras o autores consagrados (por ejemplo, “Onettiana”, de Gracia Armendáriz, 2008; “Despiadado homenaje a J. R. J.”, de Zapata, 2007); d) la conjunción de narración y discurso especulativo (constante, por ejemplo, en los microrrelatos de Olgoso o de Zapata); e) o en el afán de documentación (la inserción de referencias bibliográficas reales o inventadas es frecuente en las piezas de Olgoso). Además, reelaboran las reflexiones y motivos paradigmáticos del escritor argentino como, por ejemplo, el carácter ilusorio e inasible de la realidad, la concepción del mundo como un caos imposible de reducir a leyes humanas, la visión circular y cíclica del tiempo, la existencia percibida como un laberinto o la supremacía de la ficción frente a lo real.

Como se sabe, en la literatura de Borges se interrelacionan las matemáticas, la ciencia, la filosofía, la teología, la literatura y hasta las ciencias naturales con el fin de plantear nuevas posibilidades de conocimiento. De manera especulativa, lúdica y ensayística, el autor argentino formula, en algunos de sus cuentos, ensayos y poemas, propuestas novedosas sobre la realidad del universo y el sentido de la vida<sup>1</sup>, y es precisamente esa inquie-

---

<sup>1</sup> Algunas de las intuiciones y especulaciones científicas diseminadas en los libros de Borges (por ejemplo, la de que el hombre no conoce el universo en el que habita ni las leyes que lo rigen) se vieron refrendadas por eminentes especialistas en la década de los veinte del siglo pasado. Por ejemplo, Alexander Friedman (1922) y Georges Lemaître

tud de naturaleza intelectual la que prevalece en la obra de esta nueva generación de escritores a la que nos estamos refiriendo. Dada la complejidad y vastedad de estas cuestiones, aquí nos limitaremos a analizar algunas piezas (del argentino y de los españoles) que giran en torno a la problematización de la ciencia y de la tecnología, pero antes es necesario señalar dos cosas: primero, que las ideas y conjeturas científicas diseminadas en los textos de estos autores nunca aparecen sistematizadas, porque el interés literario se antepone siempre al científico, y segundo, que su desconfianza afecta a todos los sistemas canónicos de conocimiento, según se puede ver en el microensayo de Juan Gracia Armendáriz “Europa”:

Descreía de la filosofía, pero de tarde en tarde admitía los juegos de Nietzsche como quien admira desde un balcón la destreza suicida de un tragafuegos. La lectura de la Historia le confirmaba en la idea nada melancólica de que siempre es posible bañarse dos veces en el mismo río de sangre que recorre la distancia que hay entre Numancia y Sarajevo. Puesto que los dioses habían abandonado los templos –si es que alguna vez moraron en ellos–, se complacía en hacer recuento de bisutería espiritual. Encontraba abrigo en los poetas, desde Atenas a Lisboa, y pensaba: qué extraño jardín, Europa, bajo tu césped cortado con pulquérrima exactitud de campo de golf conspiran los muertos para combatirte, y qué raro pasear por ciudades enfermas de historia, bellas hasta la asfixia, donde los museos prefiguran un motín, un saqueo, una razia, un progromo. Y a pesar de todo no cambiaría por nada del mundo la frágil arquitectura de ese fértil campo de batalla” (Gracia Armendáriz 2008: 67).

---

(1927) utilizaron la teoría de la relatividad para demostrar que el universo estaba en constante movimiento y, en 1929, Edwin Hubble descubrió que la Vía Láctea, de la que formamos parte los humanos, era una entre otras muchas y que, además, dichas galaxias se alejaban de la Tierra a velocidades vertiginosas, lo que equivalía a declarar que el universo se expande. Después, se obtuvo la primera explicación plausible del origen del universo: la explosión cataclísmica llamada “big bang”, producida hace 13.700 millones de años. Algunos físicos especulan incluso con la posibilidad de que se produjeran varios “big bang” al mismo tiempo, cada uno de los cuales habría dado nacimiento a otros sistemas espacio-temporales no conectados con el nuestro. En los últimos tiempos, gracias a instrumentos de altísima tecnología [entre otros, satélites espaciales capaces de explorar los cielos (*Wilkinson Microwave Anisotropy Probe* o *Cosmic Background Explorer*, por ejemplo), telescopios de rayos x, nuevos detectores de ondas de gravedad, superordenadores de alta velocidad o los nuevos colisionadores de átomos del *Organisation européenne pour la recherche nucléaire*, CERN], la cosmología ha conocido avances espectaculares que han desembocado en la teoría emergente del multiverso, la cual plantea, mediante postulados basados en la física, las matemáticas y la astronomía, la posible existencia de universos paralelos descohesionados unos de otros, probablemente gobernados por leyes diferentes del nuestro, lo que implica un cambio de paradigma (informaciones extraídas del libro de Kaku 2008). Evidentemente, la obra de Borges no va tan lejos pero aborda cuestiones esenciales sobre la constitución de nuestro universo y sobre su funcionamiento.

Dicho texto es en sí mismo todo un compendio del escepticismo borgiano: la filosofía no da las respuestas adecuadas, la historia es siempre subjetiva y se repite eternamente; el ritual eclesiástico es puro embeleco y los bellos museos europeos rebosantes de obras de arte están cimentados en el espolio y la barbarie.

Antes de abordar el estudio de un puñado de microrrelatos representativos de esa preocupación científica y tecnológica, tal vez sea conveniente recordar la diferencia existente entre la ciencia pura y la aplicada, y señalar también que el cuestionamiento llevado a cabo por estos autores tiene que ver esencialmente con tres vertientes: la metodología empleada, los objetivos de la ciencia, y la comunidad científica y el cientifismo. Como se sabe, el fin perseguido por la ciencia fundamental es puramente cognitivo mientras que el de la aplicada es utilitario y, en el mejor de los casos, implica una mejora del bienestar. Ambas capacidades están en la raíz de lo que hoy suele entenderse simple y llanamente por ciencia.

### La ciencia pura

Pretende explicar la realidad y predecir o, en su defecto, acotar acontecimientos futuros valiéndose para ello de leyes sistemáticas, universales y necesarias, cuya validez, según nos muestra Borges, solo puede ser temporal, porque todos los sistemas de conocimiento de creación humana están condenados a desaparecer o a ser suplantados por otros. De su producción se desprenden argumentos científicos clave como el concepto del infinito o la teoría del caos, expuestos en numerosos relatos [entre otros muchos, “El jardín de los senderos que se bifurcan”, “La Biblioteca de Babel” (ambos en *Ficciones*, 1944), “Del rigor en la ciencia” (*El Hacedor*, 1960)], y en algunos ensayos manifiesta un claro interés por los misterios del mundo cuántico, así, por ejemplo, en “Un resumen de las doctrinas de Einstein” aborda el tema de la cuarta dimensión, “la no imaginable”, según él, y señala que, mediante ella, “un hombre encarcelado en un calabozo podría salir sin atravesar el techo, el piso y los muros”, Borges 1996, iv: 394).

Para Borges, la realidad es infinita e irreductible para el ser humano y el mundo un caos, dentro del cual el hombre está irremisiblemente perdido. En “El idioma analítico de John Wilkins” (*Otras inquisiciones*, 1952, en Borges 1989, ii: 86) señala: “...no hay clasificación del universo que no sea

arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo (...): cabe sospechar que no hay universo en el sentido orgánico, unificador que tiene esa ambiciosa palabra” y, en “Avatares de la tortuga” (Borges 1989, I: 258) va aún más lejos al declarar: “...hemos soñado el mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio y firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sinrazón para saber que es falso”. Y tampoco conocemos los principios que lo rigen, pues no sigue un patrón fijo y previsible, sino que se comporta de manera caótica y sus procesos dependen, en gran medida, de circunstancias inciertas. Por si esto fuera poco, el individuo se muestra incapaz de traspasar las fronteras de su propio yo, lo que constituye una barrera infranqueable para acceder al conocimiento:

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara” (epílogo de *El Hacedor*, 1960, en Borges 1989, II: 232).

Pese a todo, el hombre no renuncia a planear esquemas, construcciones culturales, con el fin de intentar penetrar el universo y dar sentido a su existencia, porque la ignorancia produce incertidumbre y temor y el conocimiento seguridad y, lo que es aún más problemático, proyecta sobre él sus propios modelos de ordenación sin tener en cuenta que tal vez los principios que rigen el orbe son diferentes y que los métodos empleados tampoco son los adecuados, como refleja el microtexto de Borges “Del rigor en la ciencia”:

...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el Mapa del Imperio toda una Provincia. Con el tiempo, estos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un Mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Siguietes entendieron que el dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los Desiertos de Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas. (Suárez Miranda: Viajes de Varones Prudentes, libro cuarto, cap. xiv, Lérida, 1658)<sup>2</sup> (El Hacedor, en Borges 1989, II: 225).

2 La referencia bibliográfica forma parte del texto de Borges.

Los cartógrafos de este Imperio conciben la tarea de levantar un mapa del tamaño del Imperio mismo, que coincida puntualmente con él (el programa de Google Maps tal vez sea lo que más se acerca a esta utopía científica), llevando al paroxismo el método y los instrumentos de la ciencia. Además de poner en entredicho el positivismo científico, el argentino parece burlarse del afán regulativo del individuo, de su obsesión por las taxonomías, así como de su vana pretensión de imaginar que la realidad puede representarse como la percibe el individuo.

Ese afán ordenador y clasificador es igualmente perceptible en el texto de Moyano “Mundo efímero”, en el que un niño se afana en ordenar y catalogar las manchas que el agua ha dejado en un piso recién fregado: “... esta era la de Barlovento, esta otra la de Cormoranes, aquella la del capitán Blunt (...). Aún me dio tiempo a cartografiar treinta y tres islas antes de que el suelo se secase y se desvaneciera para siempre” (Moyano 2011: 28). Es decir, ante la imposibilidad de descifrar los misterios del Gran Laberinto (el orbe), los hombres crean laberintos humanos a su medida<sup>3</sup> con ánimo de protegerse, según pone de manifiesto otra pieza suya del mismo libro titulada “Ocaso de un imperio”:

Swift inventó el país de Liliput, poblado por hombres diminutos y Tomás Moro la isla de Utopía, cuya capital es Amauroto, Yo también me dedico a inventar lugares imaginarios. Sin ir más lejos, ayer dibujé un círculo con guijarros en el patio y lo nombré Imperio de Chu. Chu es un país árido, sembrado de agujas de pino y habitado sólo por hormigas. Más allá de sus fronteras se extienden parterres con begonias y crisantemos, y también un sendero de grava que conduce hasta la verja de salida, esa verja siempre permanece cerrada (al menos para mí). Todos los imperios están condenados a desaparecer: esta mañana el jardinero arrasó Chu al pasarle con el rastrillo por encima. Como me encaré con él, las enfermeras decidieron inyectarme una dosis de tranquilizante (Moyano 2011: 13).

Inspirándose en Swift y Tomás Moro, el personaje de este texto conforma con unos guijarros, en el jardín del psiquiátrico en el que está recluido, un círculo —dispuesto a su vez en círculos concéntricos— que denomina *Imperio de Chu*, un laberinto en el que quedará atrapado irremisiblemente por

3 Como nos recuerda Anderson Imbert, para Borges, “el mundo es un caos y, dentro del caos, el hombre está perdido en un laberinto. Sólo que el hombre, a su vez, es capaz de construir laberintos propios. Laberintos mentales, con hipótesis que procuran explicar el misterio del otro laberinto, ese dentro del cual estamos perdidos” (1976: 142). Dicha metáfora articula relatos como “La casa de Asterión”, “Abenjacán el Bojarí muerto en su laberinto”, “Los dos reyes y los dos laberintos (todos ellos en *El Aleph*, 1949, en Borges, 1989, I); “La Biblioteca de Babel” (en *Ficciones*, 1944, en Borges 1989, I), etc.

ser incapaz de encontrar la salida. Únicamente se siente seguro dentro de los límites de la circunferencia que traza a su alrededor, razón por la cual, cuando el jardinero la borra, se siente atenazado por el terror. El laberinto funciona aquí como un símbolo de la complejidad del universo y de la incapacidad del ser humano para comprender y controlar su destino. Y un planteamiento similar lo encontramos en el microrrelato de Miguel Ángel Zapata, “De botellas y de barcos”, cuyo protagonista termina prisionero de su propia representación del mundo:

Está lo del camello y lo del ojo de la aguja y lo de entrar o no el rico en el reino de los cielos. O lograr la novia obesa embutirse en el traje blanco.

Entonces esto no es muy diferente. Entonces cómo es posible que yo, expertísimo hacedor de miniaturas queriendo rizar el rizo de las embarcaciones minúsculas y embotelladas, errara al crear con mis propias manitas y un perfeccionismo extremo la réplica a escala del Juan Sebastián Elcano, no mayor de una caja de fósforos, desde cuya borda oteo ahora el horizonte vidrioso intentando encontrar la manera de salir de este mar de cristal donde mis gritos quedan ahogados, intentando también explicarme cómo he podido quedar atrapado en semejante universo cerradísimo e irreal que apesta insoportablemente a ron. (Zapata 2007: 84).

Estos autores, por lo general, rechazan la metodología cartesiana y reconocen los límites de la razón y de los sentidos como instrumentos cognoscitivos válidos para medir y descifrar la realidad. Ello es patente en el microrrelato de Manuel Espada, “Empirismo”:

El científico dejó los tubos de ensayo sobre una estantería del laboratorio y cogió el periódico. En los anuncios breves se anunciaban dos ridículas brujas que hacían “hechizos” y preparaban “brebajes”. Decidió llamar a aquellas timadoras que osaban desafiar a la Ciencia. “¿Las brujas, por favor? ¿Pueden ustedes dejar de reírse de los incautos ignorantes? ¿Magia? ¡La magia no existe! El doctor se rió a carcajadas y se le cayó la mandíbula. Al levantarse a recogerla se quedó sin aire y vio dos pulmones sobre el suelo. Aunque era incapaz de pensar con claridad, pudo observar una probeta con un cerebro. En la etiqueta ponía su nombre. Visiblemente alterado se vio a sí mismo sin ojos desde la base de un microscopio. Aún sostenía el periódico con un muñón diseccionado hasta el hueso, como si le hubiesen hecho la autopsia. En la sección de Ciencia del diario, sobre el sitio destinado a las esquelas de personalidades fallecidas, estaba su foto (Espada 2011: 65).

Vemos que la presunta metodología científica reclamada por este médico se revela, a la postre, indistinguible de la magia utilizada por las brujas y hechiceros contra los que él lucha.



Por otra parte, desmitifican la utopía científica y ciertos logros de la ciencia como, por ejemplo, la clonación o la capacidad de prolongar la vida sin llevar aparejado el mantenimiento del vigor juvenil, y son numerosos los textos que presentan el progreso como algo extremadamente frágil y vulnerable o que ofrecen una visión negativa de la evolución de las especies:

Después de incontables generaciones de monos golpeando teclas al azar durante miles de años, uno de ellos consigue por fin escribir *El rey Lear*. Hace tanto tiempo, sin embargo, que el idioma inglés fue completamente olvidado, que los sucesores del experimento no encuentran lógica alguna en aquel mazo de papeles y lo arrojan sin vacilar a la trituradora (“Hipótesis de Borel”, Moyano 2011: 59).

Además de cuestionar el afán por explicarlo todo mediante la ciencia, no dudan en ridiculizar a los propios científicos, presentándolos como seres incapaces de establecer una relación natural con el mundo real e inútiles para las tareas de supervivencia de la especie (“Búnker”, de Moyano 2011). Más que hallar verdades, revelar las causas de los fenómenos o descifrar el cosmos y la complejidad del ser humano, los que deambulan por sus textos parecen obsesionados por el prestigio o el poder (“La Atlántida”, de Olgoso 2009), de ahí la constante desmitificación de ciertos gremios como los matemáticos (“Propiedad conmutativa” de Reyes Ruiz 2009; “La encuesta”, de Abella 2010) o los físicos (“La manzana de Newton”, de A. Reyes Ruiz 2009), aunque los que salen peor parados son los médicos (“AMORaTERAPIA”, de C. Camacho 2006, “Claudicación”, de Á. Olgoso 2007, “Empirismo”, de Espada 2011). Y Miguel Ángel Zapata (2009) va aún más lejos puesto que presenta la medicina (texto n° xxxiv) como un bien de consumo que no genera salud, sino enfermos. Y no se limitan a cuestionar la autoridad misma de la ciencia, sino que relativizan también el impacto y la importancia de las aplicaciones tecnológicas, como se verá a continuación.

### **La ciencia aplicada**

Tanto la revolución industrial, que implicó la intromisión de las máquinas en la vida cotidiana, laboral y doméstica con el propósito de incrementar la producción, como la reciente revolución de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación, fundamentadas ambas en la idea

de progreso, conllevan, según ha demostrado Jürgen Habermas (1997), profundos cambios sociales, culturales e institucionales. Por una parte, el desarrollo tecnológico hizo que el viejo recelo del hombre hacia la máquina dejara paso a la fascinación, según se puede ver en el texto de L. Egido, “Amor móvil” (2004: 23-24), que presenta la fusión operada entre un ser humano (una mujer) y un coche. De ella sabemos que tiene cuarenta años y acaba de sufrir un grave desengaño amoroso y de él que es un coche de perfección tecnológica y belleza insuperables: “el motor no tenía una sola duda”, la carrocería “espléndida, soberbia, ofensiva” —nótese la gradación ascendente de la adjetivación utilizada para caracterizarla— y su color el “de los sueños”. La mujer sucumbe a sus encantos con “la seguridad de que nunca la traicionaría” y de que la “resarciría de todas sus frustraciones”.

Esa “criatura bifronte, mitad mujer-mitad máquina” —el equivalente del “hombre biónico” expuesto en el Museo de Ciencias de Londres, diseñado y creado por un grupo de expertos en robótica— suscita la admiración de los asombrados espectadores y despierta el malestar de Dios, por “salirse de sus presupuestos de creación. Era un coche con rostro de mujer o una mujer con el acabado de un coche de lujo, que desde luego él no había diseñado ni se le hubiera ocurrido siquiera”. Juntos encarnan “la perfección suprema” que Él “hubiera querido para sí”. El coche antropomorfizado representa, en suma, el objeto de deseo y de tentación y sobrepasa lo humano, puesto que no envejece y completa y mejora a la mujer que lo posee (“ella incluso había mejorado con el coche, aunque el coche no podía mejorar”); sin embargo, el final trágico, el accidente que los va a unir para la eternidad, puede leerse como una metáfora de nuestra creciente dependencia de la tecnología y de la deshumanización y alienación que puede conllevar para el hombre la penetración de la técnica en todos los ámbitos de su existencia, ya que, si bien es verdad que el automóvil mejora la posición social de la mujer y su calidad de vida, al final se la arrebató.

Moyano va a dar una vuelta de tuerca a esta relación hombre-máquina al plantear en otra de sus piezas la cuestión de la inteligencia artificial, un tema que también interesó a Borges; el viejo sueño de inventar una máquina capaz de pensar como un hombre fue abordado por el argentino en el ensayo “La máquina pensante de Raimundo Lulio” (Borges 1996, IV) y en los poemas “El Golem” (en *El otro, el mismo*, 1964) y “Alguien soñará” (*Los conjurados*, 1985). Como él, Moyano se interroga sobre la capacidad de la máquina para evolucionar orgánicamente hasta superar las expectativas de sus creadores y sus capacidades intelectivas:

Seis milenios después de la extinción del hombre, las máquinas que éste dejó como legado han evolucionado por sí mismas hasta desarrollar una civilización que abarca toda la galaxia. Entre los robots se ha extendido el culto de Ung, el Dios Metal. Sus sacerdotes enseñan que la Máquina Primaria, de la que todos provienen, fue modelada por el mismo Ung a partir de un informe trozo de hierro. En ciertos planetas del Brazo de Orión ha surgido, sin embargo, una secta disidente. Sus miembros postulan que los primeros robots fueron creados, en realidad, por humildes criaturas orgánicas. No habrá clemencia para estos herejes. Perseguidos sin descanso, una vez que se les dé caza serán martirizados hasta el desguace (“Apostasía”, Moyano 2011: 108).

En esta pieza, obedeciendo tal vez a principios universales de la programación a la que han sido sometidas, las máquinas parecen haber asimilado la evolución de los humanos, pero al final acaban adoptando todas sus lacras por lo que la utopía tecno-científica de la humanidad es puesta en entredicho.

Además de los objetos señalados, otros más recientes y novedosos hacen su aparición en la literatura: el teléfono móvil, el ordenador y, sobre todo, los nuevos instrumentos de comunicación, que reflejan el impacto de las nuevas tecnologías en el mundo cotidiano, algo natural para unos autores que se educaron en la era del ciberespacio y de Internet y que han convertido la globosfera en un espacio privilegiado para difundir sus textos y conectar con el lector (Nieto de Diezmas/Castellanos Segura 2011). Su familiaridad con los nuevos soportes de escritura y de lectura y con los nuevos canales de comunicación (redes sociales, Twitter, etc.) es perceptible en sus relatos tanto desde el punto de vista temático como formal (Andrés Suárez 2012a).

En relación con el teléfono móvil, recordemos que J. J. Millás, escritor de la generación precedente a la que nos ocupa, ya le había dedicado artículos y microrrelatos memorables (entre otros, “El móvil”, “El infierno”, “Qué asco”, “Cuidado”), plasmando con agudeza crítica los efectos de su uso indiscriminado. Para él, este objeto de consumo, presuntamente ideado para favorecer la comunicación entre los seres humanos, se ha convertido en un instrumento de alienación y manipulación, puesto que sus productores han logrado hacerlo imprescindible y convertirlo en un signo del rango social del propietario. Para el escritor valenciano, dicha innovación tecnológica, lejos de facilitar nuestra vida cotidiana, la ha transformado en un infierno, según indica su microrrelato homónimo:

Estábamos enterrando a un amigo, cuando un teléfono móvil interrumpió con su sonido la grave ceremonia. Tras un breve intercambio de miradas re-

probatorias, comprendimos que el ruido procedía del cadáver, cuyo féretro había sido abierto para que el finado recibiera el último adiós. La viuda, con más inconsciencia que valor, se inclinó sobre el muerto y sacó el teléfono de uno de los bolsillos de la chaqueta, “Diga”, pronunció dolorosamente. No sabemos qué escuchó al otro lado, pero la vimos palidecer y gritar enseguida: “Fernando falleció ayer y usted es una zorra que ha destruido nuestro hogar”. Dicho esto, interrumpió la comunicación y devolvió el artefacto a su lugar.

Al abandonar el cementerio, supe por alguien de la familia que había sido deseo del propio Fernando ser enterrado con su móvil, lo que constituyendo una excentricidad, perfectamente afín a su carácter, me devolvía la imagen menos grata y oscura de quien sin duda había sido una de las referencias más importantes de mi vida. Como es costumbre, me dirigí en compañía de los más íntimos a casa de la viuda, para darle consuelo. Ella nos ofreció un café, que estaba saboreando mientras hablábamos de cosas intrascendentes, cuando sonó el teléfono. Tras unos segundos de terror, los presentes alcanzamos un acuerdo tácito: nadie había oído nada, ningún sonido de ultratumba se había colado en aquella reunión de amigos. Después de diez o doce llamadas, el aparato enmudeció y la propia viuda se levantó a descolgarlo. “No estoy para pésames”, dijo.

Aquella noche, a la hora en la que los insomnes suelen descabezar un sueño, me levanté, fui al teléfono y marqué el número del móvil de Fernando. Lo cogieron al primer pitido, pero colgué antes de escuchar ninguna voz. Sólo quería comprobar que el infierno existía (Millas 1997: 337).

Además de evocar la doble vida del difunto, el móvil borra las fronteras entre dos órdenes de realidad normalmente incompatibles, el mundo de los vivos y el de los muertos y termina invadiendo los reductos más íntimos de sus usuarios, por ejemplo, el ámbito sagrado (los ritos funerarios) y también se introduce en el mundo onírico, como se desprende del texto “Redes”, de Juan Gracia Armendáriz, en el que un hombre sueña que su padre, muerto cuatro años atrás, le envía un SMS solicitando su ayuda: “Luis, soy solo...xq no venes a verme” (Gracia Armendáriz 2008: 111). Aunque es consciente de que todo fue un sueño, al día siguiente buscó en Internet una floristería y, tal vez con ánimo de descargar su mala conciencia, encargó por teléfono un ramo de flores, que pagó con la tarjeta de crédito sin olvidar proporcionar la dirección del camposanto y el número del panteón familiar. Además de abordar temas como la soledad, la interferencia del mundo de los muertos en el de los vivos o la penetración de las nuevas tecnologías en lo más recóndito de nuestro ser, este microrrelato da cuenta de la creciente despersonalización y desacralización del mundo actual, en el que tanto lo humano como lo divino puede gestionarse por Internet. Y otro exponente de esto es el microrrelato de Manuel Espada

“El chat”, cuyos protagonistas son dos personas adultas de distinto sexo, casadas ambas, que para resarcir su insatisfacción sexual recurren al mundo cibernético, al *chat*, una innovación tecnológica que, combinada con una cámara (*webcam*), no solo les permite la comunicación simultánea, visual y sonora, sino entablar relaciones eróticas virtuales. Ahora bien, este nuevo instrumento de comunicación, lejos de mejorar las relaciones entre las parejas, intensifica sus problemas, pues el anonimato que ofrece Internet parece contribuir a que ciertos aspectos poco honrosos de la personalidad –como el impulso de dominación o el machismo, tema central de este relato, a mi modo de ver–, salgan a la luz.

Según ciertos psicólogos, la adición a Internet puede provocar una distorsión de la personalidad, y ello parece ser el sentido del microrrelato de Francisco Rodríguez Criado, “La web de Marina”, cuya protagonista, con afán de romper el círculo de su soledad, lanza una llamada de auxilio a través de la red: “Estoy sola. Me llamo Marina. Escríbeme si también te encuentras solo” para recibir de rebote su propio mensaje al cabo de un minuto. Al leerlo, “Sonrió y respiró profundamente. Sabía que esa nueva amistad le haría compañía hasta el fin de sus días” (Rodríguez Criado 2003: 12). Supuestamente, la tecnología le permite desdoblarse y crear un yo ficticio, cibernético, que le devuelve una imagen de sí misma más grata y acorde con sus aspiraciones. Y otro texto que, a mi modo de ver, merece un comentario es “Rayuela.com”, de Federico Fuertes Guzmán (2008), el cual, como su título indica, es un homenaje al libro homónimo de Julio Cortázar y, particularmente, a la Maga, cuyo encuentro se produce en la pieza del autor español en el ámbito cibernético, tal vez con ánimo de aludir a los encuentros casuales en Internet o a la intervención del azar en la vida de los personajes. Sea como sea, en ambos casos, la Maga cumple la función de dinamitar los parámetros racionales de acercamiento a la realidad e imponer una percepción distinta del tiempo y del espacio.

Esta pequeña muestra de textos –podrían aducirse muchos más–, nos permite calibrar la repercusión creciente de las nuevas tecnologías en la literatura actual, así como su impacto a nivel temático y formal; en relación con esto último, cabe destacar la incorporación de frases yuxtapuestas especialmente breves y la adopción de hábitos tipográficos propios de la escritura digital, ajenos en principio a la publicación impresa (“Luis, toy solo... xq no venes a vrme?”, “Redes”, de Juan Gracia Armendáriz), así como la integración de un abundante léxico cibernético ( web, Internet, internauta, blogs, facebook, twitter, chatear, bucle, webcam, banner,

Messenger...) o de conceptos novedosos (por ejemplo, *byte*, ciberespacio, ciberlaw, hipertexto, *hacker*, *virtual reality*, *e-cash*...). Pese a todo, el mayor mérito de estos relatos radica, a mi modo de ver, en haber acertado con la fórmula literaria capaz de hacernos tomar conciencia del sentimiento de irrealidad en el que vivimos inmersos desde que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación se han impuesto en nuestra vida cotidiana, unas tecnologías que han distorsionado nuestra manera de percibir la realidad y de sentir el tiempo y el espacio en que estamos inmersos.

### Conclusión

Como no podía ser de otro modo, las reflexiones y motivos paradigmáticos de la obra de Borges se presentan fuertemente reelaborados y resemanizados en los microrrelatos de sus émulo​s espa​noles, los cuales adoptan incluso una actitud distanciada y hasta crítica respecto del maestro; por ejemplo, ponen en evidencia los excesos de sus relatos, la notable densidad del lenguaje utilizado, ciertas técnicas demasiado visibles como la meta​ficción y la auto​ficción, la desmesura de la erudición o la escasa emoción y espontaneidad de los mismos. Con todo, el respeto es unánime y el propósito perseguido por ellos coincide con el del argentino: revelar la dificultad del ser humano para acceder al conocimiento y a la verdad, así como su propensión a elaborar esquemas de conocimiento que, a la postre, se revelan como meras ficciones. Sea como sea, el autor de *Ficciones* puede ser considerado como precursor en lengua espa​no​la de una literatura crítica y desmitificadora del mundo de la ciencia y tanto sus textos como los de sus seguidores representan en buena medida un desafío a la ortodoxia científica. En cuanto a las nuevas tecnologías, como no podía ser de otro modo, están mucho mejor representadas en los textos de los jó​venes, los cuales, sin dejar de reconocer los beneficios que estas aportan al individuo, nos alertan sobre los riesgos que conllevan (por ejemplo, el consumo excesivo, el agotamiento de las reservas naturales, los cambios climáticos o las guerras atómica o biotecnológica), y sobre los grandes desafíos que las tecnologías del futuro (por ejemplo, el desarrollo de la inteligencia artificial) pueden implicar para la Humanidad. Con todo, el mayor interés de estos textos radica, a mi modo de ver, en la capacidad de los autores para transformar las ideas científicas en materia poética y ficcional.

## Bibliografía

- ABELLA, Rubén (2010): *Los ojos de los peces*. Palencia: Menoscuarto.
- ALMIRA, Carlos (2010): *Fuego enemigo*. Salamanca: Nowevolution.
- ANDERSON IMBERT, Enrique (1976): "Un cuento de Borges: 'La casa de Asterión'". En: Alazraki, Jaime (ed.): *Jorge Luis Borges*. Madrid: Taurus, pp. 135-143.
- ANDRES-SUÁREZ, Irene (2012a): "Introducción". En: *Antología del microrrelato español (1906-2011)*. *El cuarto género narrativo*. Madrid: Cátedra.
- \_\_\_\_ (2012b): "Influencia de Borges en la obra de Manuel Moyano: Teatro de ceniza". En: Calvo Revilla, Ana/Navascues, Javier de (eds.): *Las fronteras del microrrelato. Teoría y crítica del microrrelato español e hispanoamericano*. Madrid/Frankfurt a.M.: Iberoamericana/Vervuert, pp. 111-126.
- BORGES, Jorge Luis (1989 y 1996) *Obras Completas* (4 vols.). Barcelona: Emecé.
- CAMACHO, Carmen (2006): *Microscopios eróticos*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- CUTILLAS, Ginés S. (2010): *Un koala en el armario*. Granada: Cuadernos del Vigía.
- EGIDO, Luciano G. (2004): *25 historias de amor*. Madrid: El Taller del Libro.
- ESPADA, Manuel (2011): *Zoom (Ciento y pico novelas a escala)*. Alcalá de Guadaíra: Paréntesis.
- FUERTES GUZMÁN, Federico (2008): *Los 400 golpes*. Málaga: Ediciones De Aquí Libros.
- GRACIA ARMENDÁRIZ, Juan (2008): *Cuentos del jibaro. Microrrelatos*. Madrid: Demipage.
- GRACIA ARMENDÁRIZ, Jordi/MARCO, Joaquín (eds.) (2004): *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Barcelona: Edhasa.
- HABERMAS, Jürgen (1997): *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Tecnos.
- JARAMILLO AGUDELO, Darío et al. (eds.) (2001): *Nosotros los solitarios*. Valencia: Pre-Textos.
- KAKU, Michio (2008): *Universos paralelos. Los universos alternativos de la ciencia y el futuro del cosmos*. Girona: Atalanta.
- MILLÁS, Juan José (1997): *Cuentos a la intemperie*. Madrid: Acento.
- MOYANO, Manuel (2011): *Teatro de ceniza*. Palencia: Menoscuarto.
- MUÑOZ RENGEL, Juan Jacinto (2010): "La narrativa fantástica del siglo xxi". En: *Ínsula*, 765, pp. 6-10.
- NIETO DE DIEZMAS, Esther/CASTELLANOS SEGURA, José Luis (2011): "La narración hiperbreve en la Red: Nuevos lectores y nuevos escritores". En: Montesa, Salvador (ed.): *Literatura e Internet. Nuevos textos, nuevos lectores*. Málaga: Universidad de Málaga, pp. 413-424.
- OLGOSO, Ángel (2007): *Astrolabio*. Granada: Cuadernos del Vigía.
- \_\_\_\_ (2009): *La máquina de languidecer*. Madrid: Páginas de Espuma.
- \_\_\_\_ (2014): *Cuentos de otro mundo*. Granada: Nazarí.
- REYES RUIZ, Antonio (2009): *Letras minúsculas y coda*. Sevilla: Alfar.
- RODRÍGUEZ CRIADO, Francisco (2003): *Siete minutos*. Palma de Mallorca: La Bolsa de Pipas.
- SÁBATO, Ernesto (1961): "Los dos Borges". En: *Índice de Artes y Letras*, 15, 150-151: pp. 6-7.
- ZAPATA, Miguel Ángel (2007): *Baúl de prodigios*. Granada: Traspíés.
- \_\_\_\_ (2009): *Revelaciones y magias*. Granada: Traspíés.